

que celebrarle, además, la actitud honesta con que expresa la impotencia moral del campesino en «El Regalo» donde supervive el antiguo derecho de «pernada» de los latifundistas. Evitó la solución patrioterica en que suelen caer hasta algunos avisados.

Cuento que no se olvidará es «Pilmes en las Papas»: para conjurar la plaga de tales insectos, el zafio marido hace que su mujer les exhiba las partes pudendas (¡humilde Lady Godiva agreste!). El empecinamiento brusco del mastuerzo y la emoción de vergüenza de la muchacha componen un cuadro de patetismo craso, con la mayor simplicidad de líneas.

Si Jaramillo nos preguntara qué necesitan algunos cuentos, nos atreveríamos a sugerirle: temperatura. Quizá la consiga con pluma un tanto más morosa, pues la celeridad que a menudo da lustre al concepto, empece a la emoción.

No obstante, tales y cuales, las narraciones de «La buena moza y el Toro» son a porte considerable a nuestra literatura.

«EL PURGATORIO», de *Gonzalo Drago*, Editorial Nascimento, 1951

Novela premiada por la Sociedad de Escritores.

Refiere el servicio militar en una guarnición de Valparaíso, hará tres o cuatro lustros.

El protagonista es un hipersensible en quien repercuten dolorosamente las deshumanizadas exigencias y los excesivos rigores que imperan en las prácticas de nuestros regimientos: «El Purgatorio» es una impugnación y una crítica de sistemas crueles, inútiles y anticuados.

Las aberraciones comienzan por el examen médico de los candidatos a reclutas. Un facultativo hace gala de brutalidad mofándose del pudor de los adolescentes. Luego el oprobio de vestuarios inadecuados para la talla, conformación y peso, deprime el ánimo de nuestro héroe, que carga con un disfraz en lugar de uniforme. Si se suman los malos tratamientos de suboficiales sádicos, pequeños y resentidos, no se estará muy lejos del cuadro poco envidiable que Gonzalo Drago nos dibuja.

No está todo tan turbio, sin embargo. La camaradería que a pesar de las diferencias sociales y culturales de los conscriptos llega a establecerse, atempera y aun dulcifica las bastedades. Surgen amigos como Román, pintoresco vagabundo para quien el servicio es una solución: otros como Keller, excelente recluta que hace honor a su apellido germano o de hombre de guerra, según reza la etimología; y algunos aún como Negri, cuya hermana hace beber en vano los vientos a nuestro soñador. Y todavía más: los animales, y en especial el mulo Canelo, que provoca hermosas páginas de simpatía zoológica.

Por otra parte, no todos los jefes son deshumanizados, y algunos hasta deben reputarse entre los largamente comprensivos. El cabo Cohan, por ejemplo, es agradable, e inspira compasión por su debilidad física zarandeada por los rudas maniobras de la vida militar.

De «El Purgatorio» se desprende, paradójicamente, cierto clima célico, atemperado, de poesía suave, que ni siquiera logran desvanecer algunas expresiones desapacibles, y hasta procaces. Tampoco escenas de burdel más o menos gruesas. Esta novela nos recuerda aquella otra de tan delicada reciedumbre con que

nos dejara golosos Guillermo Labarca: «Mirando al Océano»...

Como ella, pervivirá.

«SONETOS», de *Francisco Guerrero*, Ediciones del «Boletín del Instituto Nacional», 1951

El dilecto manojó de composiciones del profesor de Castellano y Filosofía del Instituto Nacional viene precedido de un estudio biográfico del soneto. Ensayo de gran valor, significa examen inteligente y prolijo de esta composición métrica que cuenta con setecientos años de ininterrumpida celebridad. En efecto, con tino erudito que no podemos sino encomiar, nos recuerda esta semblanza que el inventor del soneto fué Pedro Della Vigne (1197-1240), Ministro del Rey de Sicilia Federico II, quien lo hizo encarcelar por intrigas, y aun arrancarle los ojos. El infortunado se suicidó golpeándose el cráneo en las paredes de la prisión.

La copiosa lista de buriladores del soneto comprende maestros italianos, españoles, franceses, ingleses, alemanes, hispanoamericanos. Sobresalen Petrarca y José María de Heredia, sin contar a los áureos de nuestro idioma: Garcilaso, Herrera, Góngora, Calderón, Quevedo, Lope. Ni a los grandes parnasianos: Gautier, Baudelaire, Leconte de L'Isle, Prudhomme.

Tres sonetos de nuestro autor nos agradan en forma especial. Podríamos llamarlos de inspiración telúrica. El primero es «Solar Nativo», en que el poeta tacha sus primeros años con la diafanidad característica de su estro, donde impera la poda, no obstante hundir sus ancestrales raíces en el trópico: «La Fortuna me numeró en su rueda—bajo el trópico entre dos océa-